

# **Privatización del espacio, auto segregación y participación ciudadana en la ciudad de México: el caso de las calles cerradas en la zona de Coapa (Tlalpan, Distrito Federal)<sup>1</sup>**

**Angela Giglia**

Profesora-investigadora  
Departamento de Antropología,  
Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa

## **Introducción: desusos y abusos del espacio publico.**

En este artículo me propongo reflexionar en torno a un aspecto específico de la privatización del espacio público, es decir aquella forma de auto-segregación residencial que se lleva a cabo mediante el *cierre de calles* realizado por sus propios habitantes<sup>2</sup>. La autosegregación residencial no es un fenómeno nuevo en la historia de las ciudades, al contrario: se encuentra inscrita en los orígenes del urbanismo moderno. Lo atestiguan antecedentes ilustres, tales como los “suburbios” de las

---

<sup>1</sup> Publicado en Trace, Revista del Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americanos, diciembre de 2002. Una primera versión de este texto fue presentada como ponencia en el Primer Encuentro de Estudios Tlalpenses, Casa Frissac, Plaza de la Constitución, Tlalpan, D.F., 13-15 de marzo de 2002.

<sup>2</sup> Concretamente expondré el caso de dos manzanas cerradas en la zona de Coapa, en la Delegación Tlalpan del Distrito Federal. Estas reflexiones se basan en diferentes actividades de investigación y docencia. Por una parte el trabajo realizado dentro del Grupo Temático de Investigación sobre “Situaciones de homogeneización residencial en la ciudad de México” en el marco del PROFÍ (Programa Interno de Fomento a la Investigación) de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). Por otra parte, el trabajo realizado por Miriam Soza para su tesis de maestría en la FLACSO-Costa Rica, (cfr. Soza 2000), del que he sido asesora. Y finalmente la participación en el proyecto CONACYT coordinado por Emilio Duhau sobre “Espacio público y orden urbano en la Ciudad de México”.

ciudades norteamericanas y los modelos de "ciudad-jardín" y de ciudades satélites a las orillas de las grandes urbanizaciones (Dobriner 1958). Sin embargo, hoy como nunca antes, la auto-segregación contribuye de manera importante a poner en tela de juicio la identidad misma de las ciudades como entidades provistas de una identidad reconocible. Estudiar la autosegregación socioespacial, permite repensar las condiciones de posibilidad de la urbanidad como "arte de vivir juntos mediado por la ciudad" (Monnet 1996), y del vínculo social en el mundo actual.

En las ciudades de América latina, los años noventa reflejan las nuevas condiciones de la exclusión y la polarización social en sociedades sometidas a procesos de globalización. Estas transformaciones se traducen en cambios ostensibles en la organización y las formas de producción del espacio urbano: proliferación de grandes proyectos inmobiliarios conducidos por el capital privado; auge de la producción de espacios público cerrados y controlados por dispositivos de seguridad privada, estratificados de acuerdo con los sectores sociales a los que están destinados; renovación de espacios urbanos en decadencia o en desuso destinados a convertirse en referentes simbólicos y turísticos. A estos procesos se añaden la creciente difusión de urbanizaciones cerradas y el cierre y control de acceso de áreas urbanas previamente abiertas, así como de complejos urbanos multifuncionales aislados del espacio urbano tradicional; y, como la otra cara de una misma medalla, el abandono de los espacios públicos "tradicionales" (las calles y las plazas) por parte de las clases media y alta y la colonización de los mismos por los sectores populares. En el caso de la ciudad de México, esto se acompaña a la muy escasa capacidad de las instituciones ciudadanas por ordenar y reglamentar los usos del espacio público. Los

fenómenos mencionados arriba contribuyen a producir una situación de conflictividad exacerbada relativamente al uso del espacio público, que ha alcanzado recientemente niveles de violencia sorprendentes, como ocurrió hace poco en el municipio de Ecatepec, donde el dueño de un taller mecánico atropelló deliberadamente a un grupo de niños de preescolar considerándolos "culpables" de obstruir el tránsito hacia su negocio (La Jornada, mayo 2002).

En un trabajo anterior sobre una unidad habitacional, pudimos ver que la privatización del espacio público no es únicamente una forma de protegerse frente a la inseguridad creciente, sino también una manera de diferenciarse del entorno para "distinguirse", y mantener en el interior del espacio cerrado un modo de vida con características específicas (Giglia 2000; 2001b). Se trata, en suma, de "defenderse de la ciudad", pero en un sentido muy amplio, protegiendo al mismo tiempo cierta forma de vida y los que se consideran como ciertos "derechos" sobre el espacio urbano, derechos que no son reconocidos como tales por otros actores sociales, "ajenos" a los que deciden cerrarse. Al cerrar sus calles los vecinos buscan preservar "su" espacio y "su" forma de vida contra las "invasiones" de otros habitantes, más allá del mero protegerse contra la delincuencia.

Es más. Por su propia lógica, los espacios residenciales cerrados, generan otros problemas, que podemos sucintamente resumir en tres puntos: los costos y las estrategias de la autogestión; el manejo de la inclusión y la exclusión mediante el funcionamiento de los dispositivos de seguridad; la elaboración de una identidad propia y distintiva, ya que es necesario dar un sentido colectivo al estar encerrados si se quiere que el cierre mismo funcione. Nuestra hipótesis es que es posible pensar los espacios residenciales cerrados como "laboratorios" para entender

los procesos de redefinición de la relación entre ciudadanos y autoridades locales, la transformación del estatuto de lo público en la Ciudad de México y la elaboración del vínculo social bajo principios en parte nuevos.

## **Para combatir la inseguridad: entre la autosegregación y la participación vecinal.**

Antes de pasar a la ilustración de dos casos concretos de cierre de calles, es necesario replantear en términos problemáticos la relación – aparentemente “obvia” – entre inseguridad y autosegregación. En las últimas décadas, en el marco de las nuevas condiciones de polarización y exclusión social asociadas a la globalización, el tema del “miedo” se ha vuelto un tópico de primera importancia en el discurso y en la experiencia de las ciudades contemporáneas, que los medios de comunicación han contribuido grandemente a amplificar. Si por un lado es opinión común que ha habido un aumento de las manifestaciones de la delincuencia en las últimas décadas, por el otro, es indudable que el manejo de las cifras sobre este tema es sumamente difícil y a veces contradictorio. Por ejemplo, el hecho de que se registren más sucesos delictivos puede ser el resultado de un aumento objetivo de dichos sucesos, pero también puede deberse a que existe un control más estricto y una denuncia más eficaz de los sucesos acontecidos.

Es más. En tema de seguridad la cuestión de la *percepción del fenómeno* reviste una importancia central, ya que puede generar comportamientos que modifican drásticamente las relaciones de los habitantes con su entorno y los usos del espacio, en formas que no siempre logran mejorar las condiciones de inseguridad que buscan combatir, y que pueden llegar a ser contraproducentes. A más medidas de seguridad por parte de los habitantes corresponden entornos cada vez más desiertos, menos cuidados colectivamente y por lo tanto menos seguros. Los efectos del encierro no siempre repercuten positivamente

sobre las condiciones generales de la seguridad urbana. La literatura – ya abundante – sobre los espacios residenciales cerrados (Giglia 2001; Lacarrieu 2001; Tuiller 2000; Caldeira 1999) evidencia que la autosegregación no siempre logra aminorar en forma aceptable los riesgos propios de la inseguridad<sup>3</sup>.

Las políticas de las últimas décadas en contra de la seguridad urbana se conocen: el programa “tolerancia cero” implementado por Rudolph Giuliani en Nueva York durante los años ochenta, ha sido el paradigma de una actitud dirigida a “limpiar” los espacios públicos hasta del menor signo de desviación. Los costos de estas políticas consisten en una restricción de los derechos ciudadanos y en la persecución de sujetos estigmatizados como peligrosos: los inmigrantes, los jóvenes, los pobres, los indocumentados, quienes corren el riesgo de convertirse en “víctimas predestinadas” de las atenciones policiales. La militarización de los espacios públicos, el supertrabajo del sistema judicial y el llenado de las cárceles muy por encima de su capacidad, son otros efectos bien sabidos de la estrategia “tolerancia cero” (Wacquant 1996, 1999).

En la Ciudad de México ha habido algunos intentos de recorrer el camino de la tolerancia cero, sin embargo estamos muy lejos de una aplicación sistemática de esos principios. Hemos visto recientemente la presencia insistente de la Policía Federal Preventiva en las calles y plazas de la ciudad, incluso en algunos centros comerciales. En Tlalpan, el jefe delegacional se ha opuesto a la presencia de la PFP y del ejército en las calles. Lejos de querer militarizar la vida pública, la postura del Gobierno capitalino ha sido la de enfrentar la inseguridad a partir de sus

---

<sup>3</sup> Visto desde el ángulo de las reacciones contra la inseguridad, el cierre de calle se enmarca dentro de la que ha sido denominada “arquitectura del miedo” (Ellin 1997), cuyas manifestaciones han sido sumamente diferentes a lo largo de la historia.

raíces sociales y económicas. El lema “por el bien de todos, primero los pobres” expresa elocuentemente la voluntad de favorecer los sectores de más bajos recursos con el objetivo de mejorar las condiciones generales de la convivencia urbana y por ende la seguridad. Además, los ciudadanos han sido invitados a participar activamente en la solución de la inseguridad, cooperando con las patrullas y las otras fuerza del orden, como en el caso del llamado “Código Aguila”, un operativo en el que los comités vecinales (o los sub-comités de seguridad) controlan la frecuencia de las rondas policiacas en su zona y se responsabilizan de la individuación y del señalamiento de eventuales sujetos sospechosos.

## **Análisis de caso: dos fraccionamientos cerrados en la zona de Coapa, Tlalpan.**

Para abordar el cierre de calles en la zona de Coapa, es necesario mencionar de entrada la amplia difusión de este fenómeno en la zona en cuestión, como se puede ver a lo largo de las avenidas Acoxta, Canal de Miramontes, Calzada del Hueso y de Las Bombas: todas estas avenidas presentan sus calles perpendiculares cerradas por plumas, rejas, casetas con policías. Es de notar que en la guía Roji siguen marcadas como calles abiertas a la circulación. Esto ocasiona problemas a los automovilistas que pretenden pasar por ellas sin permiso. Existen varias formas de cierre diferentes, entre las cuales se pueden distinguir: cierre con caseta, pluma y vigilante; cierre con caseta, portón y vigilante; cierre con caseta, pluma, portón y vigilante; cierre con caseta y vigilante; cierre con portones de barrotes, a los cuales pueden añadirse jardineras y postes. Desde el punto de vista de la función que cumple el cierre en relación con el control de la vialidad y del tránsito, se pueden distinguir por lo menos cuatro tipos: entrada y salida, solo salida, solo entrada, ni entrada ni salida. Este último tipo corresponde a las calles "ciegas".

Si comparamos los datos sobre inseguridad en las distintas delegaciones de la ciudad de México, nos damos cuenta que la delegación Tlalpan no resulta ser la más afectada. Entre 1960 y 1990 el porcentaje de la población de Tlalpan sobre la población total del DF ha ido aumentando desde el 1.3 de 1960 hasta el 6.5 de 1990 (INEGI). Es una delegación que ha visto aumentar su población en contra tendencia con lo que ha pasado en las delegaciones centrales - Benito Juárez,



Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo - que han perdido población. Pese al haber acrecentado su población, Tlalpan parece no estar entre las delegaciones más insegura. Según las gráficas del INEGI sobre "delincuentes sentenciados registrados en los juzgados de primera instancia del fuero común por principales delitos según delegación donde ocurrió" (Cuadernos estadísticos delegacionales 1998), Tlalpan se encuentra en los niveles más bajos en cuanto a número de sucesos delictivos sentenciados. Si en la delegación Cuauhtémoc hay 2,648 casos de sentenciados, en 1998, en Tlalpan hay únicamente 787 en el mismo periodo. Sin embargo, como todo dato duro, éste no puede ser visto fuera de contexto, y puede llegar a significar algo totalmente diferente si se le pone en relación, por ej, con las fuerzas de policía efectivamente disponibles en cada delegación. Comparada con la de la del. Cuauhtémoc que posee casi la misma población (552,516 la de Tlalpan y 540,382 la de Cuauhtémoc) la del. Tlalpan posee sólo 643 policías contra los 3,175 de la Cuauhtémoc. Con la misma población, Tlalpan posee cinco veces menos policías que Cuauhtémoc. En suma, cualquier discurso sobre seguridad o inseguridad se enfrenta con la dificultad de una valoración objetiva del fenómeno, y por ende con la importancia de analizarlo desde un punto de vista que incluya la percepción y las reacciones frente al mismo.

La revisión de los datos sobre inseguridad en Tlalpan y en el Distrito Federal nos lleva a problematizar el sentido del cierre de calles y su relación con la inseguridad. La comparación con los índices delictivos en otras delegaciones hace razonable suponer que Tlalpan no se encuentra entre las áreas más inseguras de la Ciudad. Por lo tanto, se refuerza la hipótesis de que la presencia masiva del cierre de calles, como es el caso de la zona de Coapa, tiene que ver no sólo con la

respuesta frente a la inseguridad, sino más bien con un fenómeno de defensa y de repliegue cuyas implicaciones son más amplias de la mera protección contra la delincuencia. Veamos cómo esta problemática se refleja en el caso de las dos manzanas cerradas que ahora vamos a examinar.

La investigación fue llevada a cabo sobre dos super manzanas (la Cuatro y la Cinco), situadas respectivamente sobre la calzada Acoxta (entre las avenidas la Garita y la Hacienda) y sobre Acoxta y la avenida La Garita y calzada de los Tenorios. En origen esas áreas iban a ser parte de la llamada "Villa Coapa", el asentamiento construido para las Olimpiadas de 1968, para los periodistas y otras personas involucradas en los juegos olímpicos. Las dos supermanzanas son habitadas por familias de clase media y media baja, que trabajan como empleados públicos, comerciantes, profesionales, pequeños empresarios. La Cuatro se compone de 1138 personas, distribuidas en 313 viviendas, con un promedio de 4.3 personas por vivienda. En la manzana Cinco habitan 4449 personas distribuidas en 1260 viviendas con un promedio de 3,5 habitantes por vivienda (Soza 2001, p. 23, fuente Inegi, ageps....). La composición social de las dos manzanas ha permanecido relativamente estable desde sus inicios - a finales de los sesenta y a finales de los setenta respectivamente -, ya que pocas familias se han cambiado.

Para entender la complejidad del cierre de calles, y considerarlo como un fenómeno que posee connotaciones sociales y simbólicas más allá de su función inmediata y evidente (impedir el ingreso de sujetos "indeseables"), hay que tomar en cuenta el punto de vista de los habitantes y enmarcarlo dentro de la dimensión histórica local, esto es, tomar en cuenta la experiencia compartida de los habitantes en ese lugar y los valores y significados asociados al habitar allí. Llegar a vivir

allí ha significado conseguir un mejor lugar para habitar, por el tamaño de la casa (los lotes son relativamente grandes), por las ventajas de su ubicación (tan cercana de Periférico). Se trata para ellos de un punto de llegada, un nuevo y mejor estatus adquirido, el de la casa sola en propiedad en una zona residencial, ubicada en una posición estratégica en el sur de la ciudad. En suma, es algo que merece ser defendido y preservado. Significa además la llegada a una periferia que conservaba en ese entonces un aspecto semirural, con más espacio, aire más limpio, la presencia de los pastizales y de las vacas de la ex-Hacienda de Coapa (Gottfried 2002).

Los relatos de los habitantes ponen de manifiesto lo que acabamos de mencionar como hipótesis. El cierre no se debe sólo a la inseguridad sino que tiene que ver con el intento por controlar un entorno sometido a cambios drásticos y muy rápidos, que los habitantes perciben como una amenaza a su tranquilidad. Los primeros intentos de cierre se remontan a hace más o menos quince años, con la puesta de macetas y jardineras. El objetivo era disminuir la libre circulación automotriz en la zona, para defender la tranquilidad del lugar y su carácter residencial, evitando el tránsito de gente ajenas, en especial el transporte público. En un principio el cierre funcionó sólo para impedir el tránsito de los vehículos del transporte público al interior de las dos manzanas y las paradas de las pecheras a lo largo de las calles que delimitan el perímetro de los dos fraccionamientos. Luego, la idea de cerrar se impuso frente a los asaltos y robos a mano armada en las casas, a los robos de coches y de auto partes. Después de una oleada de eventos delictivos fuertes, hace unos pocos años, los vecinos sintieron la necesidad de conformar asociaciones vecinales con el objetivo de lograr un cierre completo todo a lo largo del perímetro externo. En suma, el cierre no se realiza de

forma repentina, de un día al otro. Se torna cada vez más efectivo conforme aumentan el desorden y la ocupación incontrolada del espacio público alrededor de las dos manzanas, y conforme se hace más aguda la percepción de las condiciones de la inseguridad en esa zona. Los dispositivos de cierre drástico y definitivo – con caseta, pluma y vigilantes o con rejas fijas – se remontan a los últimos años.

Desde el punto de vista de la dinámica interna entre los habitantes de los dos fraccionamientos, el cierre es el resultado de un proceso participativo no simple, lleno de tropiezos, de intentos fracasados y de esporádicos momentos de entusiasmo y movilización colectiva. Primero se logró colocar macetas en las calles principales, luego palos, y sólo después se llegó a la resolución de enrejar, cuando se tuvo el dinero suficiente para llevarla a cabo y cuando todos los vecinos estuvieron de acuerdo. Esto no significa que hubo total unanimidad, sino más bien que aún los que no estaban de acuerdo dieron su consentimiento formal. En concreto, esto quiere decir que existen vecinos que se benefician de lo que el cierre conlleva – disminución del tráfico y de la inseguridad – pero no pagan la vigilancia, porque formalmente no están de acuerdo con que el fraccionamiento esté cerrado, y no es posible obligarlos a pagar su cuota. Es fácil entender que esto pone un problema muy grave al interior de las relaciones vecinales y de la dinámica de la participación.

En el caso de la supermanzana Cinco, el cierre es completo; en el otro caso, el de la manzana Cuatro en cambio, el cierre es sólo parcial. Según lo cuentan los mismos vecinos, en ambos casos la decisión de cerrar fue tomada y llevada a cabo por un número exiguo de vecinos en relación con el total de habitantes. Los que no participaron activamente en proponer que se cerrara, tienden ahora a presentar al cierre como el

resultado de la voluntad de una minoría. En cambio, los que sí quisieron el cierre, resaltan el hecho de que tuvieron que conseguir las firmas de todos – una suerte de *visto bueno* colectivo - para poderlo realizar. En el caso de la manzana Cinco - donde el cierre es total - no hubo una oposición verdadera, más bien la mayoría de los vecinos aprobó la iniciativa, o no se opuso en forma beligerante. En el otro caso, el de la manzana Cuatro, donde el cierre es solo parcial, sí hubo una oposición más consistente, aún si no siempre declarada, por parte de algunos vecinos que “se dedicaron sistemáticamente a romper las chapas”, haciendo imposible que se mantuviera cerrado.

Algunos sostienen que la oposición al cierre en la manzana Cuatro se debió a la presencia de negocios al interior de los fraccionamientos, cuyos dueños estaban en contra del cierre. Esto nos habla de la necesidad de una fuerte homogeneidad interna para llevar a cabo la decisión de cerrar. Donde existen usos del suelo heterogéneos, es más difícil llegar a cerrar, ya que la presencia de comercios o de actividades de servicio requiere del libre tránsito como una condición importante para su desarrollo. Al contrario, donde únicamente hay residencias, aparentemente es más sencillo imponer la idea de cerrar, o por lo menos es más fácil proponerla como una medida ventajosa *a priori* para todo el mundo.

Sin embargo, lo más importante parece ser el tener los recursos suficientes para pagar una empresa de vigilancia que se encargue de controlar el tránsito. Es lo que sucede en la manzana Cinco: aquí también existen comercios que requieren ser fácilmente accesibles – como un salón de fiestas y una escuela de natación - pero no por ello el cierre no funciona. Si sigue funcionando se debe a que no se trata de un cierre “simple”, dejado a la responsabilidad de los vecinos, sino más

bien de un dispositivo de vigilancia que permite el control selectivo del acceso, mediante la identificación de los visitantes. Pero tampoco este mecanismo – el más costoso - está exento de problemas. En un folleto distribuido entre los habitantes, el Comité de vigilancia recomienda a los vecinos no tocar el claxon a la hora de entrar, mientras que el vigilante se detiene registrando algún visitante. Esto indica que muchos vecinos se impacientan al tener que esperar que se lleven a cabo los trámites de registro de las visitas. A su vez, esto podría resolverse mediante una doble entrada, para visitantes y para habitantes, en una lógica “funcionalista” de separación y segregación para usos homogéneos.

Cuando hablan de sus relaciones con la Delegación, los vecinos parten de reconocer que “cerrar las calles es ilegal, anticonstitucional, todo lo que se quiera, estas cosas las sabemos”. Pero la idea según la cual el cierre es una necesidad ineludible prevalece sobre otras consideraciones, entre ellas el respeto de la legalidad. En una ocasión, la delegación mandó a los granaderos a abrir las calles con la fuerza, pero los vecinos lograron juntar muchas personas para impedir que se llevara a cabo la destrucción de la reja por parte de las autoridades, rodearon la patrulla con actitud firme e hicieron que se fuera.

La presencia masiva de calles cerradas demuestra que la postura de las autoridades al respecto es tolerante en los hechos, no pudiendo brindar la seguridad que los vecinos desean y necesitan, y no pudiendo o no queriendo oponerse sistemáticamente a todos y cada uno de los intentos de cierre. Cuando se cerró una de las dos manzanas, la reacción de las autoridades delegacionales fue declarar que “desde el momento en que están cerrados ya no pueden pedir seguridad o vigilancia a las autoridades”, pero que sí tienen que dejarlas pasar cuando sea necesario. En suma, cerrar significa empezar a encargarse

de su propia vigilancia. Por otra parte, como dice la presidenta de la asociación de la manzana Cinco, al mantener cerrado y pagar una vigilancia privada los vecinos “están haciendo un favor a la Delegación”, porque al costear su propia vigilancia liberan recursos para cuidar otras calles más necesitadas. De hecho, en la manzana Cuatro, donde el cierre es parcial, la vigilancia es asegurada por una patrulla de la Delegación. Visto así, el cierre ya no es un ejemplo de autosegregación egoísta, al contrario, es presentado casi como una manifestación de conciencia cívica y de voluntad de cooperación por parte de aquellos vecinos que pueden permitirse el cuidarse a si mismos sin necesidad de recurrir a las autoridades.

En cuanto al funcionamiento de la organización vecinal al interior de las dos manzanas, significativamente la que funciona de forma más eficaz y que se beneficia de la participación de casi todos los habitantes es la manzana Cinco, donde el cierre es total. Aquí las juntas son más regulares y más concurridas, y también se realizan actividades de convivencia entre los vecinos, como las posadas en temporada de Navidad. En la manzana parcialmente cerrada, la organización interna es más difícil, pocos participan en las juntas, muchos no están dispuestos a cooperar o lo hacen únicamente cuando se trata de cosas indispensables. Pareciera que existe una correlación entre el funcionamiento de la organización interna – resultado de la capacidad de mutuo entendimiento o de la existencia de liderazgos fuertes - y la efectividad del cierre, que requiere de una situación de casi unanimidad y de solidaridad hacia adentro para poder funcionar.

Una vez realizado el cierre y establecida la frontera con el afuera, el valor del hogar como símbolo de status y al mismo tiempo como reducto donde se puede escapar de la ciudad, se halla potenciado. Al

cierre colectivo de las calles se suma un cierre individual de cada familia hacia su interior. Al mismo tiempo se desarrolla un proceso de emulación entre los vecinos para mejorar los símbolos de su posición social, embellecer su casa y renovar el coche. Como lo refiere la presidenta de la asociación de la manzana Cinco, una vez que se logró cerrar, "la gente empezó a mejorar sus casas, a darle mantenimiento, a cambiar sus carros". El sentirse más seguros, el verse como habitantes de un lugar cerrado, distinto del afuera, desata entre los habitantes el deseo de auto-representarse como pertenecientes a una condición social más elevada, o el deseo de verse mejor - pintar la casa, cambiar de coche. Este proceso sólo parcialmente se explica con el cierre en cuanto garantía de mayor seguridad, ya que los vecinos saben que el haber cerrado no los hace automáticamente exentos de robos. Saben inclusive que si hay un robo dentro del fraccionamiento, la empresa que proporciona la vigilancia no se hará responsable, dato que "los ladrones sobrepasan toda vigilancia". Entonces, si embellecen sus casas es para distinguirse del afuera y para competir con sus vecinos, imitándolos en una competencia generalizada hacia arriba, y no sólo porque ya no tienen que disfrazar su propia pertenencia social por miedo a los asaltos y a los robos. En suma, la búsqueda de la seguridad no es el único valor asociado al vivir en un espacio cerrado.



## **A manera de conclusión**

Es oportuno considerar el tema de la seguridad como parte de un proceso socioespacial más complejo, que se concreta en tres estrategias: la búsqueda de la seguridad, la de la distinción hacia afuera y la de la homogeneidad hacia adentro. Creemos que estas estrategias actúan juntas, y que su efecto es de reforzarse mutuamente. El saberse entre gente del mismo nivel socio económico o del mismo estilo de vida, (entre gente "como uno") y el sentirse separado de los de afuera, refuerza el sentimiento de seguridad. El estar seguro es representado como el vivir en un lugar donde los indeseables quedan excluidos, y en un medio donde es posible entenderse y compartir con los demás (en ese sentido donde los demás no son gente ajena), al mismo tiempo que se toman las distancias de lo que queda afuera.

En ese sentido, el cierre de calles no es sólo el resultado de la falta de seguridad, sino que se vincula con fenómenos más generales que afectan al espacio público, en particular con la dificultad para controlar y reglamentar las "externalidades negativas" (Duahu - Giglia 2001), entendidas como los usos impropios de la calle, cuyo carácter es extemporáneo y al margen de la legalidad, en otros términos los usos "abusivos" y excesivos, como son a menudo los diferentes tipos de negocios que se instalan en la calle y la puesta de negocios en áreas residenciales. El proliferar de estos usos que no se dejan reglamentar y se vinculan con las autoridades mediante prácticas de corrupción - los restaurantes que se extienden en las banquetas, las discotecas que no respetan las medidas de seguridad, los talleres mecánicos, los peceros, los ambulantes etc. - hacen retrotraer del espacio público a los sectores medios, mediante la construcción de barreras y la privatización de

porciones de espacio que de otras formas se verían amenazadas por el desorden y la falta de reglamentación. El cierre es una respuesta al riesgo de que las calles pierdan su carácter "exclusivamente residencial", es decir su relativa homogeneidad. Por lo tanto, al querer cerrar los vecinos ponen en marcha un proceso de defensa de "su" homogeneidad socioespacial, que es al mismo tiempo un proceso de diferenciación y de exclusión con respecto a lo que queda afuera en cuanto "indeseable".

En la medida en que representan una privatización del espacio público y en la medida en que discriminan e impiden el acceso según criterios arbitrarios, privando a muchos otros ciudadanos de una oportunidad de circulación y en ocasiones del goce de espacios verdes, las calles cerradas rompen con la continuidad (y con la unidad) urbana, y cuestionan la propia legitimidad de las autoridades locales. Esto último es evidente cuando se piensa en que las calles cerradas de hecho se auto-gobiernan, no sólo en todo lo que se refiere a servicios comunes, sino también a vialidad, recolección de basura, vigilancia. Se trataría, en suma, de un fenómeno portador de desintegración social (reflejada en la fragmentación espacial), y síntoma del repliegue en la esfera privada y del rechazo a participar en la vida pública por parte de los sectores medios y altos.

Sin embargo, una visión más de cerca nos muestra la complejidad de este fenómeno, y su carácter no del todo alternativo con respecto a la autoridad local y a sus políticas para combatir la inseguridad. Se puede decir sin temor a ser desmentidos que el cierre de calles es un fenómeno ampliamente tolerado por las autoridades, como es evidente si se considera simplemente su amplitud y extensión. En el caso de la manzana Cinco, que está totalmente cerrada, los representantes de la

asociación de vecinos procuran mantener buenas relaciones con los sectores de la delegación que se ocupan de la seguridad. Por ejemplo, como ellos mismos lo cuentan, los invitan a desayunar periódicamente para platicar entorno a como está la seguridad en la zona, y procuran participar lo más posible en las iniciativas de combate a la inseguridad implementadas por la autoridad, por ejemplo la aplicación del Código águila, un dispositivo mediante el cual los vecinos se responsabilizan de “controlar” el trabajo de las rondas policiacas. En suma, los vecinos que cierran sus calles, para mantener y consolidar su situación de privatización, se ven impulsados a entretener buenas relaciones con las autoridades, y por ende se adhieren a las políticas de participación vecinal. Se crea por lo tanto la situación paradójica por la cual los vecinos que no respetan el carácter público de la calle (porque la privatizan impidiendo el libre tránsito) son aquellos que en su relación con las autoridades se proponen como “ciudadanos ejemplares”. Como hemos visto, su argumento más fuerte para justificar el cierre consiste en decir que “le están haciendo un favor a la Delegación”.

En suma, las políticas de participación vecinal implementadas por el GDF en materia de inseguridad, pueden operar en la dirección de transformar el significado de vivir en los espacios residenciales cerrados. El verse involucrados para combatir la inseguridad puede en parte cambiar el sentido del vivir encerrados. Ciertamente habría que continuar y profundizar en la investigación para demostrar qué tan efectivas son dichas políticas y cual es el alcance de este nuevo sentido del encierro. Lo que ahora nos importa subrayar es que los procesos de autosegregación en la Ciudad de México podrían estar asociados al aparecer de nuevas formas – ciertamente parciales y todavía inciertas –

de reconstrucción del vínculo social. Ya no serían únicamente el síntoma del *abandono* del espacio público por parte de los sectores acomodados.

## **Bibliografía**

Giandomenico Amendola 1997, *La città postmoderna*, Laterza, Bari.

J. Borja y M. Castells 1997, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Barcelona.

Teresa Caldeira 1999, *Fotified enclaves: the New Urban Segregation*, en Setha M: Low, *Theorizing the City. The New Urban Anthropology Reader*, Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey and London.

M. Castells 1999, *La era de la información*, vol 1: *La sociedad red*, Siglo XXI, Barcelona.

Mike Davis 1999, *Geografie della paura. Los Angeles: l'immaginario collettivo del disastro*, Feltrinelli, Milano.

Emilio Duhau – Angela Giglia 2001, *Espacio público y orden urbano en la Ciudad de México*, Proyecto CONACYT.

Angela Giglia 1998, *Vecinos e instituciones. Cultura ciudadana y gestión del espacio compartido*, en N. García Canclini, *Cultura y comunicación*

*en la Ciudad de México*, vol 1: *Modernidad y multiculturalidad. La Ciudad de México a fin de siglo*, Grijalbo-UAM, México, D.F.

Ellin (coord.) *The Architecture of Fear*,

Dennis R. Judd, *The Rise of the New Walled Cities*, en Helen Liggett – David C. Perry (eds.) *Spatial Practices*, Sage Publications, London.

William M. Dobriner (ed.) 1958, *The Suburban Community*, G.P. Putman's Sons, New York.

Marie France Prévôt-Schapiro 2001, *Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades*, en *Perfiles Latinoamericanos*, n. 19, FLACSO, México, pp. 33-56.

Miriam Soza 2001, *Habitar en calles cerradas. El caso de Villa Coapa en la Ciudad de México*, Maestría en Ciencias Sociales con énfasis en estudios urbanos, FLACSO-Costa Rica.

Guy Tuiller 2000, *Country*, ....ponencia presentada al III encuentro PRISMA, Toulouse.

Loïc Wacquant 1996, *L' underclass urbain dans l'imaginaire social et scientifique américain*, en Paugam, Serge, *L'Exclusion: l'état des savoirs*, La Découverte, Paris, pp. 248-262.

Loïc Wacquant 1999, *Parola d'ordine: tolleranza zero. La trasformazione dello stato penale nella società neo liberale*, Feltrinelli, Milán.